

NICOLAS MASCARDI, COLONIZADOR DE LA PATAGONIA*

Luis Noziglia Barbagelata
Contraalmirante (San.) (R.)

Muchos misioneros italianos han llegado a nuestro país desde la Colonia hasta los tiempos actuales; unos a cristianizar las poblaciones autóctonas, otros a enseñar y educar. En suma, han venido a traernos fe, cultura y civilización. Así, por ejemplo, para poner unos botones de muestra, hace casi un siglo que arribaron los primeros Salesianos a la Patagonia y Tierra del Fuego, extendiéndose después al resto del país, y solamente dos o tres décadas que lo hicieron los Scalabrinianos para ocuparse, especialmente, de los emigrantes; conocidísima es, igualmente, la actuación del esforzado padre Torre entre los alacalufes del territorio de Aysén.

Hoy día, queremos recordar la actuación de un jesuita peninsular que llegó a nuestro país a mediados del siglo XVII, es decir, en plena Guerra de Arauco, durante el virreinato del conde de Salvatierra.

Se trata del padre Nicolás Mascardi. Nació en 1624 en Sarzana, Génova, ciudad que pertenece actualmente a la provincia de La Spezia. Desde muchacho siente la vocación religiosa, por lo que, después de realizados los estudios primarios, a los 14 años de edad es enviado al Collegium Romanum de Roma, fundado un siglo antes por Ignacio de Loyola, en donde ingresa como novicio jesuita. Aquí cursa con brillo los estudios correspondientes y una vez ordenado sacerdote se le traslada a Orvieto, en la Umbria, en calidad de profesor, pues se había destacado por la profundidad de sus conocimientos y por sus condiciones didácticas y pedagógicas; sin embargo, sintiéndose tocado del espíritu evangelizador de esa época, en que la conquista de América creaba profundos conflictos morales ante los abusos y explotaciones que frecuentemente sufrían los indígenas, consigue permiso para dirigirse a España en donde se prepara para desempeñarse en las

* N. de la D. Con frecuencia se escribe y destaca la gravitación del litoral Valdivia—Chiloé en el ámbito de la estrategia naval en el Pacífico Sud—Oriental, para la cual siempre ha sido una posición de singular importancia, especialmente durante las épocas previas a la apertura del Canal de Panamá. No ocurre lo mismo respecto de la importancia que ha tenido y tiene esta zona en la proyección intra—continental de Chile. El presente artículo permite apreciar una serie de acontecimientos del siglo XVII, que evidencian la relativa facilidad con que, desde el núcleo más civilizado de Valdivia—Chiloé, fue corriente extender la presencia civilizadora del litoral chileno hacia la profundidad de la Patagonia trasandina.

misiones. Por fin, es destinado a la Capitanía General de Chile adonde llega alrededor de 1650 a 1652, por la misma época en que el padre Diego de Rosales cruza la Cordillera de los Andes convirtiéndose en el primer misionero que predica en la zona trasandina de los Lagos.

A la sazón, era Obispo de Santiago el agustino fray Gaspar Villarroel, que tantas muestras de cristiano heroísmo había dado con ocasión de los desastres producidos por el terremoto del 13 de Mayo de 1647. Presentándose el padre Mascardi a sus superiores de la Compañía de Jesús, éstos advierten sus profundos conocimientos teológicos y le piden como examen una tesis que él presenta redactada al mismo tiempo en latín, griego y hebreo, trabajo que parece ser el primer escrito importante impreso en Chile. Ante tan brillante exposición quieren aprovecharlo para el profesorado, ya que los jesuitas tienen importantes colegios en varios puntos del país y un noviciado en Bucalemu. Pero el padre Mascardi se opone argumentando: "He venido a predicar, a asistir espiritualmente a los indios, a enseñarles a vivir mejor, a evitar que los conquistadores los maltraten".

Los jesuitas han organizado tres misiones en Chile, ubicadas en Rere, Arauco y Chiloé. Ante la firmeza de sus respuestas, se decide destinarlo a la primera de ellas, llamada la Misión de Buena Esperanza. Estudia entonces la lengua araucana y durante varios años sirve a los mapuches bautizando, predicando y adocctrinando a miles de indios, enseñándoles cultivos agrícolas y conocimientos técnicos, defendiéndoles constante y tenazmente ante los abusos de que se les quiere hacer víctimas y logrando, incluso, libertar a algunas decenas de cautivos que habían sido traídos de allende los Andes para trabajar en las tierras de los conquistadores blancos. En esa época, Felipe IV había decretado la esclavitud de los indios que se cogiera con las armas en la mano, de modo que los capturados eran sometidos a pesados trabajos manuales, o bien, eran vendidos al Perú. El sordo malestar general de los naturales así duramente sometidos se exacerbaba día por día y, como mantenían contactos ocultos con sus compatriotas libres, ayudaban furtiva

pero eficazmente a los preparativos de una rebelión general de los araucanos. Los padres Mascardi y Rosales supieron lo que se tramaba a través de los indios amigos y alertaron al Gobernador Antonio de Acuña del ataque que se preparaba para desatarse si los blancos continuaban con los malos tratos y las deportaciones a sus fundos, pero no fueron escuchados. A principios de 1655 estalla la rebelión general entre el río Maule y Osorno: los araucanos invaden y arrasan las tierras, se llevan a las mujeres, se apropian del ganado, queman los edificios, masacran a las guarniciones de los fortines pequeños y ponen sitio a los grandes fuertes.

En medio de este desastre general la plaza de Buena Esperanza es abandonada y el padre Mascardi ve arrasada en gran parte su obra, especialmente por la acción del cacique Tinaquepu; los españoles, y entre ellos el jesuita, se dirigen a Chillán, pero encuentran que la ciudad había sido abandonada ante los asaltos de los indígenas y por el estallido de una mortal epidemia de viruela: en ella sólo quedan enfermos y moribundos. El espectáculo es alucinante. Los recién llegados escapan horrorizados, pero el misionero, con ejemplar celo apostólico y sin preocuparse del contagio, se dedica a atender a las desgraciadas víctimas del flagelo y a sepultar a los muertos. Después, dice textualmente el historiador Encina: "El padre jesuita Nicolás Mascardi entró a la iglesia, sacó a Nuestro Señor Sacramentado, y colocándolo en una bolsa de lino limpsimo, se lo colocó al cuello y se instaló en medio de los apestados para dirigir su transporte". Este fue dramático. Los fugitivos caminaban hambrientos y agotados, unos cuantos a caballo, y muchos fueron quedando sepultados a lo largo del camino. Cincuenta días demoró la trágica peregrinación, hasta asentarse en la ribera norte del río Maule, libres de las acechanzas de los nativos. En este lugar continuó el padre por largo tiempo su actividad misionera.

Posteriormente, sus superiores lo nombran rector del importante Colegio de Castro, en la isla de Chiloé. Bajo su dirección, el establecimiento toma un gran impulso y su misión se desarrolló, en general, en un ambiente de paz, dando progreso a la actividad económica

insular y convirtiendo a los indios cuncos. A mediados de 1666 sucedió algo que alteró la paz de la isla : con el amparo del gobernador, sus soldados comenzaron a traer del otro lado de la cordillera numerosas partidas de indios tehuelches o poyas, en calidad de cautivos. El agobiador trabajo a que eran sometidos y sus inhumanos maltratos, provocaron airadas intervenciones del padre Mascardi, quien recurrió en son de queja ante el mismo Virrey, obteniendo concesiones que no eran cumplidas.

En su mente se fue forjando entonces una idea : obtendría la liberación de los cautivos, los llevaría él mismo a su suelo trascordillerano y se quedaría allí para civilizar y evangelizar a los indios poyas y, de paso, buscar la quimérica Ciudad de los Césares. Efectivamente, en Chiloé y en todo el país corrían en esa época muchas versiones sobre una escondida ciudad situada entre las montañas y en la proximidad de hermosos lagos, protegida por fosos, murallas y puentes levadizos, con palacios de piedra y gran abundancia de metales preciosos; sus habitantes, blancos y rubios, cultivaban fértiles llanuras y llevarían una vida regalada y dichosa. La fértil imaginación de los conquistadores inventaba que los colonos dejados por Sarmiento de Gamboa y otros españoles que naufragaron en las costas del sur, habían dado origen a esta ciudad aislada y fabulosa. Numerosas expediciones se habían organizado en su búsqueda, con resultados siempre negativos.

Después de muchas gestiones, en 1669 el padre Mascardi logró la autorización de sus superiores y del Virrey para realizar su plan. Llevando a los indígenas liberados, que le sirven con abnegación y cariño por ser su salvador, recorre zonas prácticamente desconocidas de los blancos, se interna por lo que hoy es el Neuquén y llega a orillas del hermoso, pero virgen, lago de Nahuel Huapi. Aquí, ayudado siempre por los poyas, funda una misión en las proximidades de lo que actualmente es Puerto Huelmul. Una capilla y varias rústicas casas, protegidas por una empalizada, constituyen la primitiva reducción. Su sencillez y su bondad naturales hacen que los nativos lo acepten de buen grado, como también sus doctrinas, y pese a las privaciones que debió soportar en sus cartas de-

cía que: "estaba en el paraíso y más regalado que en Roma". Con los arados y simientes que le enviara el Virrey ante sus pedidos, se había transformado la región en un vergel en donde floreció el primer manzano que existió en la Patagonia.

Partiendo desde esta base, el padre Mascardi realizó numerosas excursiones y cuatro largos viajes, siempre con la doble misión de evangelizar indígenas y buscar la Ciudad de los Césares. En lo primero tuvo gran éxito, bautizando y civilizando a varios miles de nativos; pero, si bien no encontró la quimérica urbe, puede decirse que fue el primer colonizador y explorador serio de la Patagonia, llegando en dos ocasiones hasta el mismo Océano Atlántico. En sus "correrías apostólicas" siempre salió acompañado de una escolta de indios, que voluntariamente iban para protegerlo de sus hermanos salvajes.

En 1673 recorrió con sus acompañantes todo el río Limay, emisario del Nahuel Huapi y afluente del río Negro, siguiendo a lo largo de éste hasta su desembocadura en el Atlántico y desde allí, bordeando el Continente, llegó al Estrecho de Magallanes y a la Península de Brunswick. En su cuarto y último viaje, los indígenas no querían dejarlo partir, pues los poyas del sitio que proyectaba visitar eran salvajes; como de todas maneras partiera, lo acompañó para protegerlo el cacique Mauquenel junto con tres o cuatro tehuelches. Al encontrarse con los bárbaros Mauquenel les habló, confiando en que antes que nada eran hermanos de raza y por eso les respetarían, les hizo presente que el hombre blanco que les acompañaba era la encarnación del bien, pero fue violentamente rechazado; un arquero se adelantó y le atravesó el pecho de un flechazo para atacar enseguida a los restantes. Al abalanzarse uno de los indios sobre el misionero, éste se hincó en el suelo, abrió sus brazos en cruz y fue muerto por tres flechazos que atravesaron su cuerpo y por las boleadoras que golpearon su cabeza. Su martirio tuvo lugar el 15 de Febrero de 1674, poco antes de cumplir 50 años de edad, a orillas del río Deseado, en la actual provincia de Santa Cruz.

Del reducido grupo de poyas que le acompañaron sólo uno sobrevivió y fue hecho

cautivo. Pocos días después logró escapar y escondió el cadáver del padre Mascardi hasta que los españoles enviados por el Gobernador de Chile, Juan Henríquez, lo rescataron y lo llevaron a la norteña y lejana región del territorio de Misiones, llamado así precisamente en homenaje a las misiones que en él habían fundado los jesuitas a principios del siglo XVII. Luego de especiales esfuerzos del propio Gobernador ya citado, sus restos fueron rescatados y sepultados en la ciudad de Concepción (Chile).

En el museo del Colegio Romano se conserva un opúsculo que el misionero envió al padre Kircher, que había sido en Roma su profesor de matemáticas, con una descripción de

la cordillera de los Andes, de sus viajes y de las regiones cercanas al Estrecho de Magallanes. Fray Francisco Menéndez dio el nombre de Lago Mascardi a un lago patagónico que descubrió en 1791. En el barrio cívico de Bariloche una placa recuerda, agradecida, su misión colonizadora.

Tal es el esbozo de la vida del padre Nicolás Mascardi, misionero, explorador, colonizador y mártir, cuya figura pertenece por igual a Italia, su patria, y a las repúblicas de Chile y Argentina, que por el tratado de 1881 dividieron las tierras que él tanto amó y a las que sirvió hasta el sacrificio de su vida.

